

Fernández de Avellaneda, Alonso (2014). *Segundo tomo de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ed. de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez. Ciudad Real: Biblioteca de autores manchegos. Diputación de Ciudad Real, pp. 420

Natalia Palomino Tizado (Universidad de Huelva, España)

Con menos fastos que el que amenaza para el año venidero, el IV centenario que este 2014 celebramos de la publicación del *Quijote* firmado por Alonso Fernández de Avellaneda viene dando sus frutos, que acaso puedan parecer pequeños, pero que no por ello dejan de tener importancia. Al fin y al cabo, el libro de Avellaneda, además de ser una lectura todavía divertida, es una pieza indispensable para comprender la tremenda maniobra literaria que Cervantes urdió con su propia segunda parte. Por ello hay que saludar con respeto y alegría la excelente edición de la obra que dos filólogos ilustres y bien conocidos, como Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza, han presentado dentro de la Biblioteca de Autores Manchegos, auspiciada por la Diputación de Ciudad Real. Vaya por delante que no es esta la única, pues Enrique Suárez de Figaredo ha reeditado este mismo año y en la revista *Lemir* una revisión del estupendo texto que sacó en el 2008 y aún se espera alguna edición más firmada por Luis Gómez Canseco, que publicó una decisiva edición crítica del libro en el año 2000.

Una de las singularidades que identifican a este *Quijote* de Milagros Rodríguez y Felipe Pedraza es su voluntad de dirigirse a un lector contemporáneo y no necesariamente especialista. Por eso, el estudio introductorio se inicia con una reflexión sobre la pertinencia de acercar a esos lectores de hoy, alejados incluso de Cervantes, un libro como el de Avellaneda. En esas páginas se subraya la imposibilidad de acercarse al texto sin tener en cuenta el *Quijote* que el propio Cervantes publicó en 1605 y el decisivo influjo que luego tuvo sobre la segunda parte de 1615, salvando así los escollos, las críticas repetidas y los denuestos de que ha sido objeto Avellaneda y su libro desde el mismísimo siglo XVII hasta nuestros días. No obstante, los editores vienen a subrayar que, más allá de esas censuras de oficio firmadas desde el cervantismo más rancio, el apócrifo tiene su propia vida literaria, unida a la inercia quijotesca que generó la primera parte cervanti-

na: «La fuerza plástica y simbólica de don Quijote y Sancho - escriben - fue tal que, desde su nacimiento, se despeñaron en un vertiginoso proceso de vulgarización. Se convirtieron en figuras carnavalescas que no podían faltar en las mascaradas estudiantiles y palaciegas. Y pronto llegaron al teatro en formas muy diversas, pero siempre simplificadoras, empobrecedoras de la compleja realidad creada por Cervantes» (p. X). Algunos de los autores que participaron en ese proceso de difusión, lectura y vulgarización fueron gentes como Francisco de Ávila, Guillén de Castro e incluso Quevedo y Calderón. Añadamos, claro está, el nombre Avellaneda, que señalan como el acto de quijotismo literario «más rico, interesante y complejo de cuantos se ensayaron en su tiempo, e incluso en siglos posteriores» (p. XIII).

La obra posee ciertas características que son sometidas a un riguroso análisis por Rodríguez Cáceres y Pedraza. Entre ellas, merecen especial atención el «realismo y la voluntad de concreción» mediante los cuales se construye el texto. La minuciosa observación de la realidad muchas veces nos acerca a los tonos y ambientes sórdidos de la picaresca, y se hace mención al tratamiento distinto que Avellaneda da a temas como la sexualidad, pues afirman que su presencia es mucho más constante y variada que en Cervantes. Como contraste a este mundo marginal y canallesco, nos encontramos con que, a su vez, la obra está construida desde una «perspectiva aristocrática», pues muchos de sus protagonistas son individuos de la nobleza que, a lo largo del relato, serán cómplices y provocadores de las locuras del caballero. Por lo que respecta a los protagonistas de la obra, Rodríguez Cáceres y Pedraza afirman que «posiblemente, el aspecto que más defrauda las expectativas del lector moderno es la caracterización de don Quijote y Sancho» (p. XXII). Avellaneda reduce los complejos personajes creados por Cervantes a meras figuras cómicas y elementales, pues atendemos a una simplificación hasta el absurdo, por un lado, de la locura del caballero y, por otro, de la comicidad ruda del escudero.

Las «novelitas intercaladas» no podían faltar en el texto de 1614. *El rico desesperado* y *Los felices amantes*, ambas historias de marcada índole teológica, ocupan 6 capítulos consecutivos de la obra. Avellaneda construye dos relatos completamente ajenos a la trama principal, pero ha aprendido de los errores de su predecesor, pues con solo esos dos relatos los lectores no llegan a alejarse de las andanzas de los protagonistas, como sí ocurre en la primera parte cervantina, donde las peripecias de los personajes secundarios desvían la atención de los hechos de don Quijote y Sancho. Aun así, no hay que olvidar que, mientras Avellaneda se limita a acudir a dos mecanismos tan tradicionales en la inserción de historias como la sobre-mesa y el alivio de caminantes, Cervantes, acaso para huir del modelo trazado por Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache*, se detuvo a ensayar nuevos modos de insertar narraciones secundarias en la trama principal.

Como cabía esperar en este entorno avellanedesco, una parte importante de la introducción está destinada a indagar en la identidad del autor apócri-

fo del *Quijote* de 1614. Se incluye un cuadro con los principales candidatos y los estudiosos que los proponen, aun cuando los autores no se inclinen por ninguna candidatura concreta. Lo que sí sabemos es que bajo esa figura se escondía una persona culta, letrada, aficionada a la literatura y conocedora del entorno literario de su época, a la vez que interesada en algunos aspectos de la religiosidad de su época, como muestran, sin lugar a dudas, los relatos intercalados insertos en su obra. Pero, fuera quien fuera, a día de hoy la incógnita sigue sin despejarse. La introducción se cierra con un apartado reservado a las «cuestiones textuales», donde se explican las bases críticas del texto que editan.

Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza han basado su edición en el cotejo crítico de tres ejemplares de la Biblioteca Nacional de España (BNE, Cerv.Sedó-8669; BNE, R-32541; BNE, Cerv.-1590), tomando como punto de partida el ejemplar Cerv.Sedó-8669, que Enrique Suárez Figaredo señaló como primera edición de la obra en 2008, frente a una segunda edición, que se correspondería con los dos ejemplares también cotejados. Los editores registran en las notas solo y exclusivamente las variantes significativas. A partir de ahí, se ofrece un texto claro, sencillo, modernizado en la ortografía y la puntuación y accesible al lector, acompañado de una anotación ajustada y suficiente para comprender el entorno cultural y literario del momento y aclarar al lector de hoy los pasajes oscuros. A ello se añade una bibliografía selecta, un glosario de voces y un minucioso índice de topónimos. Estamos, pues, ante un libro necesario y bien resuelto, útil para el filólogo y el estudioso, pero, sobre todo, pensado para acercar el apócrifo a los nuevos lectores que quieran adentrarse en la maraña de odios, imitaciones, réplicas y contrarréplicas que rodeó la invención del *Quijote*.

